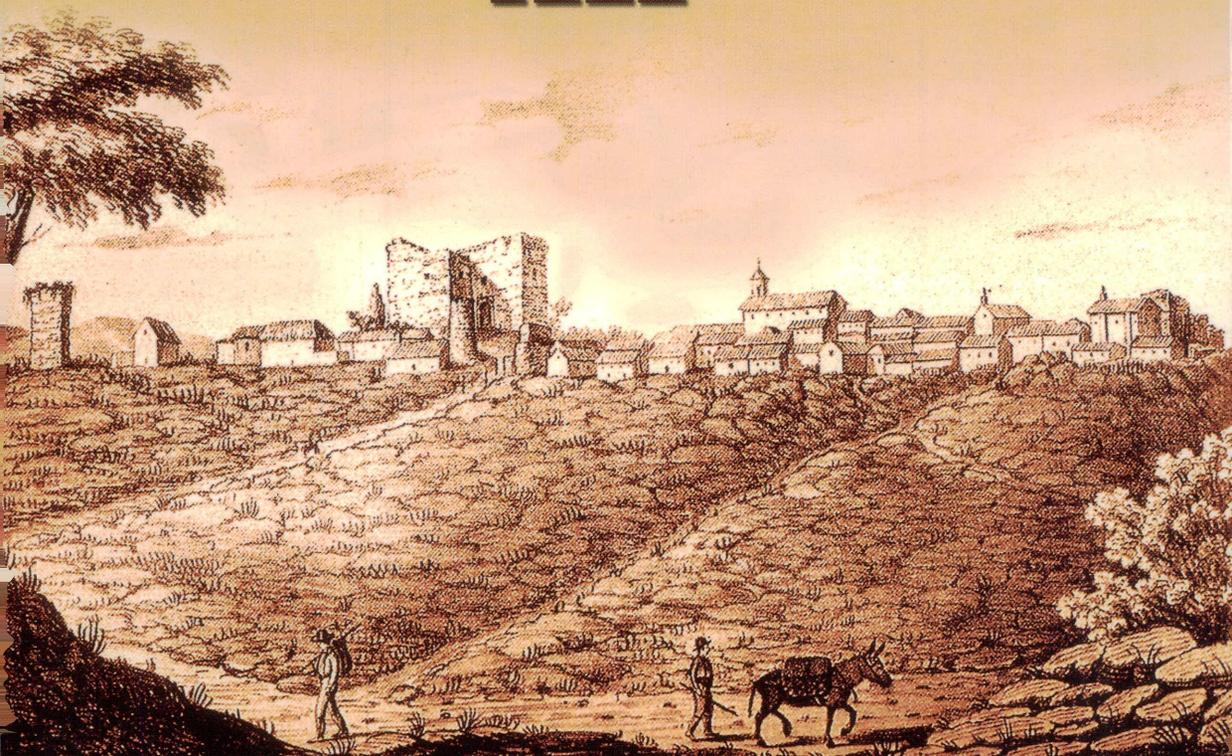


de Crónica
Córdoba
y sus Pueblos
XII



Córdoba, 2006

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Servicio de Publicaciones de la Diputación de Córdoba

Córdoba, 2006



Iltre. Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XII

Consejo de Redacción

Coordinadores

José Antonio Morena López
Miguel Ventura Gracia

Vocales

Enrique Garramiola Prieto
José Lucena Llamas
Juan Gregorio Nevado Calero
Pablo Moyano Llamas

Edita: Iltre. Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Foto Portada: *Hornachuelos en el siglo XVIII, según un grabado de Francisco Pérez publicado en el Atlante Español.*

Imprime: Gráficas Alcazaba, S.L.
Políg. Industrial "Cerro de la Virgen", parc. 2
14650 Bujalance (Córdoba)

ISSN: 1577-3418

Depósito Legal: CO-1505-07

Intento de asesinato del VI Conde de Hornachuelos, D. José de Hoces. Año de 1780

Manuel Pérez de la Lastra y Villaseñor

Cronista Oficial de Montalbán de Córdoba

Vivía este ilustre personaje en el palacio de su familia frente a la iglesia de La Trinidad, en Córdoba. Era décimo hijo del quinto conde D. Lope de Hoces del que heredó el título, por ser el único hijo vivo ya que sus nueve hermanos murieron en un mismo año. En el valor fue digno biznieto de D. Lope de Hoces, de los Consejos de Guerra y Hacienda, Almirante general de la Armada del mar Océano, que murió a consecuencia de las gravísimas quemaduras que recibió al ser incendiada por los ingleses su nave capitana Santa Teresa el 24 de octubre de 1639 en el puerto de las Dunas, al no atreverse estos a abordarle, por cuya acción y extraordinarios servicios, el rey Felipe IV le erigió en condado la Villa de Hornachuelos a favor de su hijo D. Alonso Antonio de Hoces, por cédula expedida en Madrid el 24 de julio de 1640. También heredó de su abuelo D. Pedro de Hoces, cuarto conde, las virtudes que a éste le adornaron, ya que fue caritativo y piadoso en extremo, siendo conocido en el siglo XV por D. Pedro el Santo.

Al retirarse del ejército donde había alcanzado el grado de oficial del Cuerpo de Caballería de la Real Maestranza de Sevilla, en la que prestó relevantes servicios, por los cuales fue condecorado con la Llave de Oro de Gentil Hombre de Cámara de su Majestad Carlos IV, se vino a su casa en Córdoba donde fijó su residencia.

Fue una notabilidad por su valor y gran pericia en el manejo de la espada y de la lanza; asimismo fue un gran aficionado a la fiesta de los toros, siendo uno de los más famosos taurómacos de su tiempo, equiparándose con el célebre Pedro Romero y posteriormente con el desgraciado Pepe-Hillo, por su destreza en dar muerte a los más bravos toros.



Restos del antiguo castillo de Hornachuelos

Es posible, dada su afición, que este noble cordobés lanceara un toro en la corrida que se celebró en la Plaza de la Corredera, con motivo de la llegada a Córdoba de Carlos IV y su familia, en la que actuaron los afamados diestros Pedro Romero y Pepe-Hillo.

Otra de sus aficiones favoritas era las monterías, que la mayor parte del año celebraba en Sierra Morena, acompañado de más de doscientos cazadores,

entre ellos familiares y amigos, o bien de criados y escogidos tiradores, estos con tal celo que en varias ocasiones persiguiendo a jabalíes y venados se adentraban en Extremadura, llegando incluso hasta la frontera de Portugal; este considerable número de acompañantes eran alojados en las dependencias de su castillo de Hornachuelos.

Cierto día, en el paseo que acostumbraba dar por la ciudad, se fijó en una bella joven que acompañada de su dueña salía de la iglesia de San Pedro, a la que discretamente siguió hasta su casa.

Efectuadas las oportunas averiguaciones, le informaron que se trataba de D.^a María Antonia Gutiérrez Ravé, dama de singular hermosura y de acrisoladas virtudes, que descollaba en belleza con las más apuestas señoras de Córdoba. Tanto ella como sus dos hermanas y hermano eran conocidos en toda la ciudad por los *"Bellos Mozos de Córdoba"*.

Entre el descanso de sus tareas taurinas y cazadoras y en el sosiego de su casa, todas las noches frecuentaba la de su futura esposa, donde se celebraban amenas charlas, por lo general de temas de sus aficiones favoritas, retirándose pasada la medianoche, siendo acompañado por un lacayo con farol sobre todo en el invierno, ya que sólo había alguna lámpara de aceite para alumbrar los retablos colocados en las calles, cuya luz mortecina acrecentaba aún más la oscuridad de la noche. Sucedió que unos días antes de su matrimonio, al terminar la velada algo antes de la hora acostumbrada, se encaminaba solo para su casa, ya que el lacayo llegó cuando su señor se había marchado. Tenía por costumbre llevar oculta debajo de la capa su espada toledana; no bien se había apartado de la casa de su prometida, cuando fue acometido en medio de la calle por cinco asesinos, que con espada en mano se lanzaron furiosos sobre él, cercándolo y acusándole con los gritos de *"¡Mue-
ra, Matadle!"*. Pero, al momento, el brioso conde desenvainando su tizona,

envolviéndose la capa en el brazo, saltando y apoyando la espada en el hueco de una puerta cerrada, recibía y retiraba las espadas de sus agresores, con toda la sangre fría, el valor y la destreza de un consumado maestro de esgrima. Mas su valor se aumentó con el brusco y tenaz ataque de sus asesinos, pero éste los rechazó a golpes de su espada; uno de los atacantes cae exánime, dos de ellos se revuelcan en su sangre. Rabiosos los restantes arremetieron contra él dispuestos a acabar con su vida, pero uno de ellos, hombre de gran estatura apodado "*El Miliciano*", descargó un terrible golpe sobre su cabeza; el conde, aunque de mediana estatura, quiso esquivarlo pero no lo pudo conseguir, recibiendo una herida, ya que sólo llevaba la redecilla, pues su famoso sombrero castoreño se le había caído al duro golpe que recibió.

El conde con la cabeza ensangrentada, los dos malvados huyeron aunque también estaban heridos teniéndolos por muertos, quedando cuatro en medio de aquella calle, uno sin vida, el conde y sus otros dos asesinos nadando en su propia sangre.

El lacayo, pasada la medianoche, fue a recoger a su señor como tenía por costumbre con la luz, y hallándole en aquel estado, corrió despavorido a la casa de su amo y a los gritos acuden el mayordomo y varios criados, los que fueron al lugar de la contienda, recogen al conde y lo llevan a su lecho, vendándole la cabeza con un pañuelo. De inmediato llamaron al médico y al cirujano de su casa, los que al reconocerlo apreciaron que la herida era sólo superficial, ya que de lo contrario hubiese muerto en el acto, prodigándole al herido los mejores remedios, quedando restablecido a los pocos días, efectuándose algún tiempo después su proyectado enlace, siendo uno de los más lujosos que se habían celebrado en Córdoba.

Debemos decir que se corrió la voz por toda la ciudad de que los asesinos que intentaron matar al conde fueron pagados por algunos familiares y señores de título, ya que no veían con buenos ojos que se casara con una señorita, aunque rica, no perteneciente a su clase social, prejuicio que en aquella época estaba muy arraigado en el estamento noble; existiendo otra versión sobre los hechos, en la que se afirma que fue por envidiosas rivalidades y pleitos en los que el conde estaba envuelto, por cuyo medio querían deshacerse de él, pero de cierto, nada se supo públicamente sobre el particular. Los asesinos fueron juzgados y procesados, pero el conde, llevado de su bondad, los perdonó, favoreciéndoles cuanto pudo y le permitieron las leyes.



**Iltre. Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

